

BX 2186

Ch 3

V. 3-4

ES PROPIEDAD

CON CENSURA ECLESIASTICA



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



LIBRARY OF THE
BISHOPRIC OF...

EL SACERDOTE

SANTIFICADO MEDIANTE LA PRÁCTICA DE LA ORACIÓN

INTRODUCCIÓN

Jesucristo, Vida nuestra, nos ha presentado en sus primeros misterios y en su vida oculta el modelo de todas aquellas virtudes que abren la puerta del Cielo á los simples fieles. Imitando, pues, los ejemplos que hasta aquí hemos considerado, alcanzaremos la santidad y aseguraremos nuestra salvación en cualidad de cristianos; mas no habremos llegado aún á ser ni santificadores, ni salvadores, si no le seguimos en su vida pública. Todo buen Sacerdote es un apóstol, es decir, un hombre muerto al mundo y á sí mismo, que no respira sino celo por la gloria de Dios y por la santificación y salvación de las almas. Comunicar á nuestros hermanos, en cuanto nos sea dado, la santidad tomada de su origen, del mismo Corazón de Hijo de Dios; tal será en adelante el fin de nuestro trabajo.

Mas antes de comenzar á seguir á nuestro adorable Salvador en esta nueva carrera, en que tantos otros nos han precedido con celo y abnegación admirables para despertar en nosotros las primeras chispas del celo sacerdotal, haremos la meditación conocida en los Ejercicios de San Ignacio con el título de *Dos banderas*, parábola que pone ante nuestros ojos la lucha entre el bien y el mal, personificada en sus jefes respectivos Jesucristo y lucifer.

009424

SECCIÓN CUARTA

MEDIANTE LOS EJEMPLOS DE SU VIDA PÚBLICA NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO NOS ENSEÑA Á PROCURAR LA GLORIA DE DIOS Y LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS.

MEDITACIÓN XLIV

Dos banderas.—Invitación á la vida apostólica

PRIMER PRELUDIO.—Representarse dos grandes llanuras: en la una, cerca de Babilonia, lucifer reúne á todos los pecadores, principalmente á aquellos que más puedan ayudarle en sus proyectos de muerte; en la otra, junto á Jerusalén, Jesucristo congrega en torno suyo á los justos y á todos sus cooperadores en la obra de misericordia, para la que ha bajado á la tierra, procurando á los hombres la verdadera vida.

SEGUNDO PRELUDIO.—Pedir la gracia de descubrir y combatir las astucias y maquinaciones del demonio, y conocer y secundar con celo los deseos del Hijo de Dios.

PUNTO I

Bandera de lucifer

1.º Imaginémonos al príncipe de los réprobos en las vastas llanuras de Babilonia sobre un trono de fuego rodeado de un torbellino de llamas y de humo, infundiendo horror con la deformidad de su semblante y su terrible mirada.

Consideremos la significación de estas figuras.

Aquellas vastas llanuras representan el ancho camino por donde discurren los pecadores..... *Babilonia*, que quiere decir ciudad de confusión, nos da alguna idea del desorden de una conciencia culpable..... *El trono de fuego* es el símbolo de la soberbia y de las pasiones que devoran las almas de los malvados..... *El humo* es la imagen de la ceguera del pecador y de la vanidad de sus goces..... *Ese espantoso semblante, esa mirada terrible* expresan la fealdad del pecado y la acción del espíritu malo en las almas, que se manifiesta por el desorden, la agitación, la inquietud, la tristeza y un cierto secreto horror.

2.º Fijémonos en la bandera de lucifer; en ella leeremos tres palabras que nos dan á conocer de que armas se sirve y que medios emplea para pervertir y perder á los hombres: riquezas, placeres, honores..... Pongamos la vista en la multitud de secuaces y cooperadores que rodean á este horrible jefe: allí están todos aquellos ángeles que fueron arrojados del Cielo juntamente con él, por haberle seguido en su orgullosa rebelión, viniendo á ser espíritus degradados para quienes el mal constituye una segunda naturaleza....., allí se encuentran todos los hombres que se sometieron á la esclavitud de las pasiones y del pecado....., veremos en torno de satanás, y como formando su estado mayor, á aquellos autores y propagadores de doctrinas irreligiosas é inmorales, á los que han esparcido por doquier el escándalo y que tienen por oficio el matar á las almas. Pero ¿cuál es el fin de tan horrible reunión? ¿Qué pretende el enemigo de Dios y de los hombres? Seducir á todo el linaje humano excitándole á ultrajar á su Criador y, después de haberlo seducido, arrastrarlo al abismo eterno.

3.º Escuchemos á lucifer. Excita é inflama el furor impío de sus satélites, y enviándolos por el universo, no quiere que haya una provincia, ni ciudad, ni aldea, ni palacio, ni choza donde no penetre su deseo de dañar, ni que se libre de sus influjos clase ni condición alguna, ni una sola persona. Les enseña

el arte de engañar y perder las almas. «¡Riquezas, placeres honores!... Echad, echad sin cesar este triple cebo á tres pasiones cuyo germen está en el corazón de todos los hombres..... Persuadid al mal; mostrad el camino sembrado de flores, ocultad el abismo donde aquel conduce.....»

4.º Consideremos con que abnegación, con que paciencia, con que prontitud las órdenes de satanás son ejecutadas por sus ministros; cuanta actividad despliegan estos en la infernal misión que han recibido; con cuánta perfidia tienden sus lazos, con qué constancia, con qué furor se obstinan en perder las almas..! Nada hay de que no se valgan para sus designios de muerte; libros, cuadernos, canciones....., defectos personales, inclinaciones del corazón..... Contemplemos, por último, el gran éxito de lucifer. Hace su llamamiento general á las pasiones; todos responden:.... ¿No podría decirse de lucifer con verdad lo que los fariseos de Jesucristo: *Ecce mundus totus post eum abiit?* (1). ¿Dónde están los que resisten siempre á la *concupiscencia de la carne, á la concupiscencia de los ojos y á la soberbia de la vida?* (2) ¡Cuántos después de haberse dejado seducir, aumentan el número de los seductores! Así el infierno dilata sus fauces; ¡cuántas víctimas caen en ellas á cada instante! ¡Y para siempre....! ¿Permaneceremos insensibles ante espectáculo tan afrentoso?

PUNTO II

Bandera de Jesucristo

1.º Representémonos una alegre llanura cerca de Jerusalén; y allí, no sobre un trono, sino en medio de sus súbditos, como un padre en medio de sus hijos, al verdadero Jefe y Soberano de todos los hombres, Jesucristo Nuestro Señor. Al verle, se siente

(1) Joan, XII, 19.

(2) I Joan., II, 16.

uno atraído hacia El por la dulzura de su rostro y el encanto de su mirada.

Meditemos, como en el punto 1.º el sentido oculto de estas imágenes. Aquella *alegre llanura* es el camino de los justos, áspero en apariencia, pero en realidad lleno de consuelos inefables..... *Jerusalén*, ciudad de los santos, visión de paz, simboliza una conciencia pura, tranquila, sin remordimientos..... Nuestro Señor Jesucristo está sin trono, confundido entre sus vasallos, para expresar la humildad y mansedumbre de su Corazón..... se muestra bajo un *aspecto amable*, no de otro modo que lo habían predicho los profetas: *Speciosus forma præ filiis hominum* (1), llevando la alegría al corazón de los que se le acercan: *Non habet amaritudinem conversatio illius...., sed lætitiã et gaudium* (2). He aquí, pues, la imagen de la belleza, de la virtud y de las operaciones del espíritu bueno en las almas en las cuales engendra la confianza, el gozo y la verdadera dicha.

2.º Consideremos la bandera de salvación que Jesucristo enarbola enfrente de la de lucifer; en ella leeremos: Pobreza, humillación, sufrimiento; este y no otro es el espíritu de la santa milicia; informados de él se salvan los hombres. Admiremos la augusta asamblea reunida en torno del divino Rey: todos los verdaderos discípulos del Hombre-Dios, los santos de todos los tiempos, los apóstoles y todos aquellos que han sido elegidos para el ministerio sublime de salvar almas..... Allí no se encuentra ni un solo esclavo de esos vicios que deshonran á la humanidad..... por el contrario todas las virtudes llevadas hasta el heroísmo tienen su asiento. Mas ¿qué propósito abriga Jesucristo al congregar á sus cooperadores y amigos? El más noble, el más generoso que concebirse pueda; desea vivamente reducir á los hombres al fin para que han sido creados, y procurarles, por tanto, la dicha en esta y en la otra vida.....

(1) Ps., XLIV, 3.

(2) Sap., VII, 16.

3.º Escuchémosle al enviar á sus apóstoles y ministros á combatir los designios de satanás y realizar los suyos: *Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur? Ego veni ut vitam habeant.*—*Filius hominis venit quærere et salvum facere quod perierat.*—*Euntes in mundum universum, prædicate Evangelium omni creaturæ.... docentes eos servare omnia quæcumque mandavi vobis.*—*Sicut misit me Pater, et ego mitto vos.*—*Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem sæculi:* Id, continuad mi obra de redención. Si me amáis, salvad las almas que tan queridas me son; pero no las salvaréis sino llevándolas al desapego de las riquezas, de los placeres y de los honores, y al par inspirándoles el amor á la pobreza, á los sufrimientos y á los desprecios.

4.º Ved á los apóstoles y á los que han heredado su celo en todos los tiempos ¡con cuánto ardor, con cuánta perseverancia emprenden y prosiguen la obra de misericordia que se les ha confiado! Recordemos las fatigas, las persecuciones, los sacrificios que les ha costado su ministerio; y aún así, ¡cuántas victorias han alcanzado sobre el infierno! ¡Cuántas almas les serán deudas de haber escapado del eterno suplicio, y les deben después de Dios la felicidad suprema! Nosotros los Sacerdotes militamos bajo la misma bandera, tenemos los mismos motivos de abnegación que otros santos Sacerdotes que, desde hace diecinueve siglos, se han señalado por su valor en esta guerra sagrada y han consumido su vida en los trabajos apostólicos: ¿mereceremos que nos reconozcan como compañeros de armas? ¡Ah! si Jesucristo no hubiese encontrado en sus ministros cooperación más eficaz que la mía hasta el presente ¡cuán reducidos no serían los límites de su reinado! Si lucifer no hubiese visto oponé rsele á sus designios y disputarle las almas más que á Sacerdotes como á nosotros, ¿qué sería de los elegidos? Avergoncémonos de nosotros mismos y humillémonos por haber honrado tan poco á nuestro divino Jefe y secundado tan mal sus deseos.

Revistámonos de los sentimientos de un apóstol; nada más á propósito para reanimarlos en nosotros que la participación fervorosa del Sacramento de nuestros altares. Después de la comunión escuchemos á Dios Salvador que nos dice como á S. Pedro: *Diliges me? Pasce oves meas.* Cuando hayamos comido esta Carne adorable y bebido esta Sangre divina debemos asemejarnos á leones que respiran fuego; es necesario que la caridad de Jesucristo nos inflame y que hagamos estremecer al infierno: *Tanquam leones ignem spirantes...., ab illa mensa recedamus, facti diabolo terribiles* (1).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Bandera de lucifer.* Figurémonos ver á satanás en las vastas llanuras de Babilonia sobre un trono de fuego, esparciendo el terror en torno suyo por la deformidad de su semblante y el rencor de su mirada.—Consideremos su bandera, cuyo lema es: Riquezas, placeres, honores.—¿Qué turba se agita alrededor de tan horrible jefe! Angeles malos convertidos en demonios, hombres de escándalo.... ¿A qué fin los ha reunido? ¿Qué les dice para excitar su furor? ¿Cómo les enseña el arte de perder las almas? ¿Cómo ejecutan sus órdenes? ¿Con qué éxito? *El mundo entero va en pos de él,* el infierno se llena.... ¿Quedaremos indiferentes ante este espectáculo?

PUNTO SEGUNDO.—*Bandera de Jesucristo.* Representémosnos al Salvador en una alegre llanura, cerca de Jerusalén. No está sobre un trono; es un Padre en medio de sus hijos. Al contemplarle, se siente uno atraído por el atractivo de su rostro y la dulzura de su mirada.—¿Qué leemos en su bandera? Pobreza, humillación, sufrimiento.... Por este medio los hombres aclamarán la salvación ¿A quiénes congrega en torno suyo?—¿Qué espera de la abnegación de estos? Id, recorred el mundo.... Salvad, iluminando, como satanás pierde, engañando.—¿Con cuánto ardor los varones apostóli-

(1) Chrys. Hom. 61 *ad popul. Antioch.*

cos se consagran á su santa misión! ¿Qué de victorias obtienen sobre el infierno! Y nosotros, que militamos bajo la misma bandera, ¿qué hemos hecho hasta el presente? ¿Qué haremos en adelante?

MEDITACIÓN XLV

Desarrollo y aplicación de la parábola «Dos banderas»

I. Esta parábola sirve para excitarnos á pelear con ardor en defensa de Nuestro Señor Jesucristo á fin de ganar para El muchas almas.

II. Nos enseña como podremos secundar eficazmente sus designios.

PUNTO I

En esta parábola todo debe excitar nuestro celo por la salvación de las almas

El odio que les profesa lucifer, y los esfuerzos que él y los suyos hacen para perderlas; el amor que Jesucristo las tiene y tanto como trabaja por salvarlas; la excelencia de la vida de apóstol y los grandes bienes que reporta.

1.º Bien sabido es lo que hace á lucifer enemigo irreconciliable de las almas. Aplastado bajo el peso de la justicia del Todopoderoso, é impotente para tomar venganza de Dios que abatía su soberbia, descargó sobre nosotros todo su furor por habernos reconocido imágenes de Aquel. ¿Cómo había, pues, de perdonarnos las gracias con que el Señor nos previene, la gloria que nos prepara y la alegría que le causa nuestra salvación? Odia á Dios en el hombre. De aquí provienen tantas asechanzas péfidas, tantos esfuerzos violentos para arrastrarnos en su caída y encadenarnos á su desgracia. Los Sagrados Libros le presentan, ora como insidiosa serpiente, ora como ru-

giente león que gira alrededor de su presa para devorarla. Ese odio que le consume, le obliga á buscar auxiliares para su obra de perdición. Todos los pecadores son sus secuaces. ¡Con cuánto celo, con cuánta actividad emprenden su defensa! ¡Ah! ¿No es cierto que á veces encuentra satanáas en sus esclavos más docilidad que Jesús en uno de sus ministros? ¡Oh! ¡Cuántas penalidades y privaciones no se condenan diariamente los apóstoles del demonio? Pierden la salud, acortan sus días por exceso de trabajo, para sembrar en todas las edades, en todas las clases de la sociedad la debilitación ó la extinción de la fe, la corrupción por medio de los vicios y la muerte del alma. Ni descansan de sus trabajos, ni se contentan con lo que han hecho. ¿Se les ha oído por ventura decir: nos bastan ya las almas que hemos arrojado al lugar de los tormentos, cesemos de arrancar de los corazones de los hombres la virtud, la paz, la esperanza....? No, nada detiene su rabia, nada debilita su constancia, ni apaga su sacrílego ardimiento.

¿Cuántos estragos no han causado en el rebaño de Jesucristo? ¿Qué han hecho de la inocencia? ¿En dónde están los corazones puros? En las parroquias, en las familias.... ¿quién podrá contar el número de las almas que perecen? ¿Sabemos lo que es el infierno; lo hemos meditado....? ¿Nos quedaremos impasibles ante las desdichas de nuestros hermanos? ¡Oh vergüenza para el sacerdocio! *Cadit asina, et est qui sublevet eam; perit anima, et nemo est qui reputet* (1). ¡Y si en lugar de un alma se pierden miles de ellas....! ¿No haremos nada para salvar algunas por lo menos?

2.º Estas almas son objeto del amor de Jesús; el fin de todos los misterios de la vida del Redentor no es otro que glorificar á Dios proporcionando á aquellas la felicidad. Sus ejemplos, palabras, milagros, sufrimientos, su vida y su muerte, todo lo consagró Nuestro Señor á la salvación de las almas. Vedle agobiado por la fatiga, sentado junto al pozo de

(1) S. Bern. *De cons.* l. IV, c. VI.

Jacob: ¿qué hace? espera á un alma para salvarla.... Ved su Cruz, balanza divina en la que se aprecia el valor de las almas, y con tal exactitud que el precio de estas sólo es comparable al de la Cruz de Cristo.

Oíd como se queja de la inutilidad de su Sangre, ¿y no habremos sido la causa? *Quæ utilitas in sanguine meo?* ¿Para qué sirven mis dolores y mis sacrificios? ¡En vano he consumido mis fuerzas....! (1) ¡He vivido en la pobreza, entre desvelos y lágrimas! ¡He muerto rodeado de oprobios y afligido con los más crueles tormentos.... todo por rescatar á las almas y sin embargo se pierden! ¡Con un poco de celo podríais salvar á muchas y preferís el reposo!.... ¡Os libré del infierno, inspirando á otros el pensamiento y el deseo de tenderos una mano protectora!.... ¡Ah! Al menos por agradecimiento ayudad á vuestros hermanos, tened compasión de sus males; no seáis insensibles á la desgracia de los que yo amo.... Salvad, salvad almas ó cesad de llamarme Señor y Maestro nuestro; no os conozco ya.»

Los buenos Sacerdotes siempre han atendido estos ardientes votos del Corazón de Jesucristo. Sus Apóstoles, apenas reciben su misión, se reparten por el mundo y lo recorren como otros tantos intrépidos conquistadores. La caridad de Jesucristo les apremia; es un fuego que no pueden apagar, ni reprimir: *Charitas Christi urget nos*. Se mostrarán fieles ministros suyos: *In multa patientia, in tribulationibus, in necessitatibus, in angustiis, in plagis, in carceribus, in seditionibus, in laboribus, in vigiliis, in jejuniis.... per gloriam et ignobilitatem, per infamiam et bonam famam* (2). Por todas partes predicán la doctrina de salvación, arrancan al infierno innumerables víctimas y multiplican el número de los elegidos. Sus sacrificios se reproducen en todos los tiempos.

3.º ¿Cuáles son la excelencia y utilidad de esta vida apostólica? «No se puede concebir, dice S. Car-

(1) *Ego dixi: In vacuum laboravi; sine causa et vane fortitudinem meam consumpsi.* (Is., XLIX, 4).

(2) II Cor., VI, 4.

los Borromeo, cosa más sublime en la tierra que ser cooperador de Dios en la gran obra de la Redención. Puesto que los Sacerdotes ejercen las mismas funciones que Jesucristo, trabajando por la salvación de las almas, está fuera de toda duda que nada hay más agradable á Dios ni más glorioso para el hombre.» S. Dionisio va aún más lejos: *Divinorum omnium divinissimum est cooperari Deo in salutem animarum* (1).

La utilidad del celo sacerdotal se extiende á todo el mundo que la debe los inapreciables beneficios del Cristianismo, y llega á todas las almas que son el objeto de ese celo. Para apreciar el bien que este las reporta, basta pensar en el Cielo que les da y en el infierno de que les preserva. El celo es útil para el mismo Sacerdote. Júzguese de los frutos que saca de sus trabajos por esta sencilla reflexión: si el vaso de agua fría dado á un pobre no queda sin recompensa, ¿qué no debe esperar el pastor celoso que por la predicación del Evangelio habrá engendrado almas para Jesucristo y por la administración de los Sacramentos las habrá santificado en su Sangre? Si merecen la corona de los elegidos los que consuelan al triste, los que dan de comer al hambriento, de beber al sediento y vestido al desnudo, ¿qué puesto no ocuparán en el Reino de los Cielos los que hayan librado de la cautividad del demonio á almas inmortales, revistiéndolas con los ricos ornamentos de la gracia y alimentándolas con el Pan de la divina palabra y aún con el Cuerpo mismo de Jesucristo? Cuando un buen Sacerdote ahonda en estas consideraciones, se siente como electrizado y henchido de un ardiente deseo de salvar almas; ya no piensa en otra cosa que en conocer los medios.

(1) *De cœlest. hier.*, c. 5.

PUNTO II

Como podremos ganar para Dios muchas almas

La parábola nos lo enseña. Engañar es el arma de satanás, puesto que es el príncipe de las tinieblas; iluminar es el arma del Salvador; El es la luz del mundo. Id, dijo á sus ministros, haced que brille en todas partes la antorcha de la verdad desengañando á los hombres del falso brillo de los bienes presentes; mostradles la nada de las grandezas que ambicionan y de los placeres materiales á que aspiran; hacedles cobrar horror á las riquezas, á las comodidades, á los honores como activos venenos que matan las almas; insistid continuamente en que tomen por modelo á un Hombre-Dios pobre, humillado, paciente; porque este camino es el único que lleva á la vida eterna. Pero ¿de qué medios nos valdremos, Señor, para que nos escuche un mundo tan opuesto á esta doctrina celestial? El medio es que practiquéis vosotros mismos lo que enseñáis; el medio no es otro que, á ejemplo mío, hagáis siempre más de lo que á otros exijáis. Por consiguiente, el desapego á las riquezas, á los placeres y á los honores no es bastante. Yo me adelanté más: amor á la pobreza, á los sufrimientos y á los desprecios, horror hacia el mundo y sus máximas... en esto es en lo que principalmente me han imitado los varones apostólicos; este es el medio infalible de obtener copiosos frutos de las almas.

Informémonos, pues, del espíritu de la santa milicia del Salvador; usemos las armas que pone en nuestras manos; el amor á la pobreza, á los sufrimientos y á los desprecios. Tan sólo un combate legítimo puede darnos derecho á la corona: *Qui certat in agone, non coronatur, nisi legitime certaverit* (1).

(1) II Tim., II, 5.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.— *La parábola «Dos banderas» excita nuestro celo por la salvación de las almas por tres motivos.*

1.º El odio que les profesa satanás. No pudiendo vengarse de Dios, se venga del hombre, imagen suya y objeto de su amor. Odia á Dios en nosotros. ¿Qué no hace por perdersos? 2.º El amor de Jesús á las almas. El es todo para ellas. Miremos su Cruz; oigámosle quejarse de la inutilidad de sus padecimientos y expresarnos los ardientes deseos de su Corazón; los buenos Sacerdotes los han secundado siempre. 3.º La excelencia de la vida apostólica: *Divinorum omnium divinissimum est cooperari Deo in salutem animarum*; no hay quien ignore su utilidad respecto al Sacerdote y al mundo.

PUNTO SEGUNDO.— *La parábola «Dos banderas» nos enseña como podremos ganar muchas almas para Dios.* Engañar es el arma del demonio, iluminar la del Salvador; desengañemos á los hombres é iluminémosles por medio de la palabra y del ejemplo.

MEDITACIÓN XLVI

Repetición de las dos precedentes y resumen de los motivos del celo por la salvación de las almas.—Se indican tres motivos

- I. Motivo de gloria.
- II. Motivo de caridad.
- III. Motivo de propio interés.

PUNTO I

Motivo de gloria

Para mejor comprender este motivo, conviene considerar á quienes nos asocia y á que obra nos hace concurrir el celo sacerdotal.

1.º El celo ha sido el carácter distintivo de todos los grandes hombres que han tenido sobre la tierra una acción bienhechora que cumplir. En el Antiguo Testamento Moisés se ofrece á Dios como víctima para obtener el perdón de su pueblo: *Aut dimitte eis hanc noxam, aut si non facis, dele me de libro tuo, quem scripsisti* (1). En el Nuevo San Pablo une sus sentimientos con los de sus hermanos en el Apostolado, cuando exclama: *¿Quis infirmatur, et ego non infirmor? ¿Quis scandalizatur, et ego non uror?* (2).— *Ego autem libentissime impendam et super impendam ipse pro animabus vestris* (3). Este mismo fuego del celo, esta misma necesidad de inmolarse por las almas se encuentra no solamente en la larga serie de santos potífices, sucesores de los apóstoles, sino también en todos los buenos Sacerdotes con los que aquellos han compartido los cuidados del cargo pastoral. Domingo de Guzmán, Francisco de Asís, Vicente Ferrer, Vicente de Paúl, Antonio de Padua, Ignacio de Loyola, Francisco de Javier, Juan de Avila, Diego de Cádiz... ¡qué nombres! ¡Qué sublimes ejemplos de celo! Aun en nuestros días y entre nosotros, ¡cuántos ejemplos capaces de inflamar nuestro ardor! ¿Y no los encontramos aún entre los seculares? El celo, pues, nos asocia á los hombres más grandes, más gloriosos y ¿qué digo? nos asocia á los ángeles: *Omnes sunt administratorii spiritus, in ministerium missi propter eos qui hereditatem capient salutis* (4). Nos asocia al mismo Dios: *Dei enim sumus adjutores* (5). *Zelus Dei vita est* (6).

2.º ¿Pero qué obra es esta para la que el Todopoderoso se digna pedir nuestra cooperación? Para el Padre es el objeto eterno de su pensamiento: *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza*; hagámosle

(1) Exod., LXXXII, 31, 32.

(2) II, Cor., XI, 29.

(3) Ibid., XII, 15.

(4) Hebr., I, 14.

(5) I Cor., III, 9.

(6) S. Ambr.